

	<p>DOMINGO II DE CUARESMA - CICLO C</p> <p>Por José Enrique Ruiz de Galarreta, sj</p>
---	---

TEXTOS

DEL LIBRO DEL GÉNESIS (15,5-18)

En aquellos días, Dios sacó fuera a Abram y le dijo:

- Mira al cielo, cuenta las estrellas, si puedes.

Y añadió.

- Así será tu descendencia.

Abram creyó al Señor, y se le contó en su haber. El Señor le dijo:

- Yo soy el Señor que te sacó de Ur de los Caldeos, para darte en posesión esta tierra. Él replicó:

- Señor Dios, ¿cómo sabré que voy a poseerla?

Respondió el Señor:

- Tráeme una ternera de tres años, una cabra de tres años, una tórtola y un pichón.

Abram los trajo y los cortó por el medio, colocando cada mitad frente a la otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban a los cadáveres y Abram los espantaba. Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abram, y un terror intenso y oscuro cayó sobre él. El sol se puso, y vino la oscuridad: una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados. Aquel día el Señor hizo alianza con Abram en estos términos:

- A tus descendientes les daré esta tierra, desde el Río de Egipto al Gran Río.

DE LA CARTA DE PABLO A LOS FILIPENSES (3,17- 4,1)

Hermanos, seguid mi ejemplo, y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en mí. Porque, como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos, hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas. Sólo aspiran a cosas terrenas.

Nosotros, por el contrario, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa, con esa energía que posee para sometérselo todo.

Así pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así en el Señor, queridos.

DEL EVANGELIO DE LUCAS (9,28-36)

Sucedió que unos ocho días después de estas palabras, Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria: hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban dijo Pedro a Jesús:

- Maestro, qué hermoso es estar aquí; haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía:

- Este es mi Hijo, el escogido: escuchadlo.

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

TEMAS Y CONTEXTOS

EL TEXTO DEL GÉNESIS

RESUMEN: El más viejo texto sobre "La Alianza", lleno de terror, oscuridad, humo. El mensaje es bueno, pero corto. ¡El aliado es Abbá!

Es uno de los temas "radicales" del AT. Abraham, el padre de los creyentes, recibe "La Promesa", porque Dios pacta con él "La Alianza". Abraham es mayor y no tiene descendencia, pero el Señor le promete "ser padre de un gran pueblo". Abraham, dice a Dios "¿Qué me puedes dar?...Voy a morir sin tener un hijo...". En este momento se presenta la promesa, ratificada por la Alianza. En el texto hay que destacar varios aspectos interesantes.

En primer lugar la frase "Abraham creyó a Dios", o " se fió de Dios". Abraham es presentado entre los Patriarcas, los grandes personajes de la prehistoria del pueblo, antes de su nacimiento como tal tras la salida de Egipto, como el prototipo de la Fe. Abraham es "el que creyó a Dios", contra toda esperanza.

En segundo lugar, el género fantástico en que se expresa "la Alianza", representando un rito de alianza entre dos reyes o dos señores poderosos. Es característico de Israel no pensar en Dios solamente como "El Amo" que puede mandar lo que quiere, sino como "El Aliado". Esta línea se explicitará fuertemente en el Éxodo y culminará en "Jesús-Salvador" como revelación de Abbá.

En tercer lugar, nos encontramos con "La Promesa" y "La Alianza" en sus términos más materiales. "Un gran Pueblo", "Una tierra". Sabemos que todo eso no es más que la

prehistoria de la fe. Sabemos que va a terminar nada menos que en la promesa de una Vida Nueva, definitiva y por encima de la muerte, en el Reino de Dios. Leemos por tanto estos textos del A.T. con la reverencia de quien mira sus antepasados, entendiendo que los hombres vamos conociendo progresivamente a Dios y entendiendo cada vez nuestra relación con Él. Es importante para poder asentir a estos textos como "Palabra de Dios".

LA CARTA A LOS FILIPENSES

RESUMEN: Una visión aterradora del mundo, y una invitación a tener miras mucho más altas: su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas, sólo aspiran a cosas terrenas. Nosotros, por el contrario, somos ciudadanos del cielo...

La carta a los Filipenses muestra el modo de vida del cristiano, que ha creído en la palabra, que se ha fiado de Dios. Ciudadanos de la tierra - ciudadanos del cielo. Este es el dilema. Si no esperamos más que la tierra, viviremos atentos a la tierra. Si esperamos más, cambiará nuestra vida. Este es por tanto el desafío de la fe. Vivir consecuentemente con nuestra fe.

EL EVANGELIO DE LUCAS

RESUMEN: "Maestro, qué hermoso es estar aquí" Pero Jesús, Moisés y Elías estaban hablando de su muerte.

El texto de la transfiguración presenta paralelos en Mateo y Marcos, y falta completamente en Juan (uno de los tres testigos del hecho). Sobre el relato de un suceso, se ha montado una gran teofanía y una profesión de fe en Jesús. Jesús se retiraba a menudo a orar al monte. Algunas veces se llevaba consigo a los discípulos, sobre todo a los más íntimos, como volveremos a ver en Getsemaní. Quizá en esos momentos Jesús les parecía a los discípulos transfigurado, como evidentemente lleno de Dios al que oraba... Sobre un suceso de ese tipo se ha construido el texto. Parece claro que, sobre un relato histórico, se ha redactado una escenificación de la fe de los apóstoles en Jesús, presentada además con todos los signos de las "Teofanías" o manifestaciones de Dios en el Antiguo Testamento. El monte, Moisés y Elías, la nube, la voz, el resplandor de la Gloria del Señor, las mismas manifestaciones e incluso los mismos personajes que acompañan la revelación de Yahvé en el Sinaí, que en el AT. significan la presencia de la divinidad, y también las mismas palabras que acompañan la manifestación del Espíritu en el Jordán: "Este es mi Hijo... escuchadle".

Llama la atención la semejanza de estos recursos con los utilizados en el bautismo en el Jordán, e incluso en la Ascensión. El "suceso" tiene una profunda relación con el evangelio del domingo pasado (la cuarentena en el monte) y con la última noche de Jesús, la del Huerto de los Olivos. Estamos ante uno de los "discernimientos" de Jesús, que se producen en los momentos más cruciales de su vida. Ante las elecciones más determinantes de su vida, Jesús se prepara refugiándose en la oración: en la cuarentena del monte, Jesús tiene que optar por volverse a su carpintería de Nazaret o lanzarse a una vida de Profeta sanador y predicador ambulante; en Getsemaní, Jesús tiene que elegir

entre esperar a los que lo van a detener o escaparse perdiéndose en la noche. En el relato de hoy, Jesús se enfrenta a la decisión de subir a Jerusalén, donde sabe que le espera la muerte. En los tres casos, se refugia en la oración.

Pero el mensaje es claro: Jesús está a punto de tomar la decisión más grave de su vida: subir a Jerusalén. Mientras se limite a ser el profeta rural, al que sigue mucha gente en Galilea, producirá más o menos inquietudes. Pero si se atreve a predicar en Jerusalén, y más aún en el Templo, su enseñanza será una confrontación directa con las autoridades de Israel. Jesús sabe que esto puede llevarle a la muerte, pero afrontará ese riesgo porque considera que su misión es ofrecer La Buena Noticia a Israel en el mismo Templo. Y será rechazado y crucificado.

El evangelista sabe todo esto, sabe que Jesús sube a Jerusalén a morir, y prepara la pasión y la muerte con una Teofanía, para mostrar que ése que va a morir no es un falso profeta fracasado sino el Hijo rechazado por Israel.

El relato es por tanto fuertemente teológico y simbólico, aprovechando una escena sin duda real: las largas noches de oración que le costó a Jesús tomar esa decisión, acompañado - mal, como siempre - por sus discípulos más íntimos.

Y los personajes hablan con Jesús acerca de su muerte. No es casual este tema de conversación. Estamos en el capítulo 9 de Lucas, y muy poco después (9,51) Jesús se dirige ya a Jerusalén, habiendo anunciado su pasión en 9,43. Se trata por tanto de prevenir la crisis de fe que sobrevendrá con la muerte en cruz. Se trata de anunciar que el que va a morir en la cruz es el Hijo Predilecto, que aunque sus enemigos parecen poder con él, "Dios estaba con Él" (Hechos 10,38)

Por otra parte, no deja de ser sorprendente, casi cómico, que Pedro diga lo bien que se está allí, mientras Jesús, Moisés y Elías están hablando de su próxima muerte en Jerusalén. Una vez más, los evangelistas no disimulan la escasa comprensión de los doce.

PARA NUESTRA ORACIÓN

La Revelación de quién es Jesús lleva consigo nuestra propia revelación. Quién es Él lleva consigo saber quién soy yo, quiénes somos nosotros. Y la revelación es paralela: Jesús es el Hijo, el Enviado. Yo soy el hijo, el enviado. La Iglesia somos los hijos, los enviados. Todos los humanos deben saber que son hijos, y para eso necesitan que los que lo saben sean enviados.

Jesús, el Hijo Enviado, está aquí para cambiar el mundo; cambiarlo desde dentro a fuera, naturalmente. El Reino de Dios es que todos sean hijos, lo sepan, vivan así: la gloria de Dios son sus hijos. El resplandor de la gloria de Dios no son lucecitas de neón sino la bondad, la fortaleza, la misericordia... de sus hijos. La gloria de un padre no es una lápida ni una condecoración ni una ceremonia: la gloria de un padre son muchos hijos adultos, logrados, realizados, felices... Ese es el Reino. Que se enteren todos de que ese mundo es

posible, que se vaya realizando ese reino, desde dentro, como crecen las semillas, como actúa la levadura, es la Misión: a esa misión es enviado Jesús, a esa misión estamos enviados.

La primera misión de la iglesia, de nosotros la iglesia, es ser el reino, hacer visible el reino, hacerlo convincente, atrayente. La alta eclesiología suele afirmar pomposamente que la iglesia es el Reino de Dios en la tierra. Se equivoca: eso no es una definición sino una vocación, una misión: nosotros la iglesia nos hemos comprometido por el bautismo a esforzarnos por ser el reino, es decir, a vivir según los criterios y valores de Jesús... para que el reino sea creíble, atrayente.

Esa misión tropieza con la cruz, que fue y es una realidad, y es y fue un símbolo. El reino de Dios se construye haciendo y haciéndose violencia. Violencia por parte de las luces despistadas de otros reinos que atraen de modo más seductor e inmediato. Violencia por parte de los que sirven a otros reinos o a otros dioses... El reino de Dios se construye con esfuerzo. A Jesús le costó cruz.

Pero en el crucificado también vemos al hombre lleno del Espíritu. Y en el Resucitado vemos qué reino es verdadero.

La Cuaresma, la vida, el monte. Van ya dos montes en estos dos domingos de Cuaresma: el monte de la tentación vencida por la fuerza del Espíritu; el monte de la Revelación en el que se habla de la cruz. Nos faltan otros dos: el monte calvario, en que la cruz será escándalo y revelación; y el monte de la Ascensión, que será antes que nada el Monte de la Misión.

Y no podemos menos que recordar las palabras de Isaías (2)

"Sucederá en días futuros que el Monte de la Casa de Yahvé se asentará en la cima de los montes y se alzarán por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones y acudirán pueblos numerosos y dirán: Venid, subamos al monte de Yahvé, a la casa del Dios de Jacob, para que Él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos"

Que son, insistamos una y otra vez, preciosas palabras simbólicas. Todas las palabras que hemos usado acerca de la transfiguración de Jesús y de la transfiguración de nuestra vida son simbólicas, son verdaderas como símbolos. Los excesos de algunas teologías consisten a veces en entender los símbolos como realidades, estar persuadidos de que están contemplando cara a cara el rostro de Dios, creer que Jesús caminaba por Galilea despidiendo resplandores. Nuestro conocimiento de Dios es lo que conocemos de Jesús de Nazaret, aquel hombre que se cansaba, dudaba, sentía tentaciones y se sintió desamparado de su Padre. Nuestra fe confiesa que *ese hombre es el Hijo*.

SALMO 28

El Señor es mi luz y mi salvación

¿a quién temeré?

El Señor es el seguro de mi vida

¿qué me hará temblar?

Una cosa pido al Señor, sólo esto busco

caminar en la senda del Señor

todos los días de mi vida,

buscar su Presencia.

Porque Él me ofrece abrigo en su morada

en los días malos,

Él me esconde en lo profundo de su tienda

Él me afirma sobre roca.

¡Escucha, Señor, mi llamada, respóndeme!

Es tu Presencia, Señor, lo que busco,

no te escondas de mí.

No me dejes, Señor, no me abandones.

Si mi padre y mi madre me abandonan,

El Señor siempre me acoge.

Enséñame, Señor, tu camino,

condúceme por el camino recto.

Yo creo que veré la bondad del Señor

en la tierra de los vivos.

Espera en Dios,

ten ánimo y confía,

confía en el Señor.